

~~El inocente~~ El inocente de Palermo

Silvana Gandolfi



Ga
GRUPPO EDITORIALE

www.

literaturasm
.com



Título original: *Io dentro gli spari*

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Coordinación editorial: Teresa Tellechea

Traducción del italiano: Marta Cabanillas

© Silvana Gandolfi, 2010

© Adriano Salani Editore S.p.A., 2010

Esta edición se ha publicado
por acuerdo con Grandi & Associati.

© Ediciones SM, 2013

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A un mafioso que le advierte de que en el tiroteo que están planeando en una playa llena de gente, hay un alto riesgo de matar también a niños, Totò Riina, capo de Corleone, le contesta: «¿Y bien? También mueren niños en Sarajevo».

«Nuestro mundo necesita personas que amen la vida y luchen por ella al menos con la misma intensidad con la que otros luchan por la destrucción y la muerte».

GANDHI

A Fede, él sabe por qué

Esta novela, aunque inspirada en un hecho real, es una fantasía. Me he permitido crear cosas que no existen, como el pueblo de Tonduzzo, el 33/A del callejón del Gitano, así como muchos otros pequeños detalles. Otras cosas, en cambio, son verdaderas: el trayecto del *ferry* Livorno-Palermo, el monumento delante del Palacio de Justicia, los nombres grabados en los escalones, el quiosco de la plaza de la Kalsa.

Y, sobre todo, una cosa es cierta: en Sicilia existe la mafia.

SILVANA GANDOLFI

Prólogo

Querido Cazador:

Hoy tengo unas ganas locas de desahogarme contigo.

Mi madre está fatal. No es que beba ni nada parecido. Pero a veces tiene ataques de llanto compulsivo y yo no sé qué hacer. ¿Sabes que lleva ya un mes encerrada en casa? Dice que es por las piernas. En realidad ya no quiere salir. Total, que soy yo quien se encarga de los recados. Así que hoy he cogido a Ilaria y me la he llevado a la calle para que no viera en qué estado se encontraba mamá. Cada vez más a menudo me toca llevar a mi hermana de paseo.

Sé que, si pudiéramos hablarlo, me dirías que estoy a salvo y que eso es lo importante, que a medida que crezca las cosas se arreglarán. Seguro que tienes razón, pero a mí me parece que estoy pagando muy cara esta seguridad. Me pone triste. Perdona, pero estoy en una de esas noches en las que me gustaría destrozar algo. Gritar. Decir palabrotas.

No estoy loco. Sé que eres inaccesible, como un personaje de cómic. Sin embargo, para mí estás más vivo y eres más importante que mis compañeros de colegio.

¿Qué mundo es este donde no puedo verte?

No firma. No necesita firmar cuando escribe estas cartas. Coge la hoja y la dobla en cuatro con cuidado. Toma un sobre y la mete dentro. En el sobre solo escribe: «Al Cazador».

Se levanta, se agacha, saca la caja con los aparejos del barco de debajo de la cama. Hurga dentro, añade la carta a las demás y las coloca en el fondo de la caja, de manera que no se vean. Cierra la caja y la deja debajo de la cama.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

(SANTINO)

El día en que Santino cumplió cinco años, su padre, Alfonso Cannetta, lo llevó a Mondello.

Fueron en coche, los dos solos, porque su madre y sus abuelos se habían quedado en Tonduzzo encerrados en casa, con gripe.

El niño nunca había visto el mar, o tal vez sí, pero cuando era demasiado pequeño como para recordarlo.

–Papi, ¿podré bañarme?

–Es pronto para bañarse, Santù. El agua está helada. Pero te voy a llevar a un pequeño restaurante junto al mar a comer pasta con sardinas, como a ti te gusta.

Era abril. El sol extendía sobre el mar una luz aterciopelada. La arena, formada por miles de millones de granitos centelleantes, prometía sensaciones desconocidas. Santino ignoraba que el agua pudiera ser de un turquesa más intenso que el de su canica preferida.

Aparcaron junto a un club náutico, en una explanada conquistada a las rocas. A Santino se le fueron los ojos detrás de tres chiquillos que estaban enredando con unas pequeñas embarcaciones delante de una nave industrial.

–Vamos, entremos en el bar. ¿No tienes sed? –le animó su padre.

–Espera...

–¿Qué pasa?

Señaló con el dedo.

–¿Luego saldrán al mar?

—¿Crees que esos niños hacen todo esto para quedarse después en la playa?

—Entonces esperemos.

Como era el cumpleaños de Santino, era él quien decidía. Fueron a sentarse en los escalones de la glorieta para observar cómodamente a los chicos.

Vieron llegar a tres hombres: los monitores.

Se les unió un último navegante, un chico de unos doce años. Entró en el hangar y salió poco después arrastrando un carro con el casco de un barco, aún sin mástil.

El rezagado realizaba todas sus maniobras con gestos milimétricos, veloces, sin tacha. *Trac trac* y el mástil estaba en pie, *trac trac* y se levantaba una parte que Santino no sabía qué era.

Aún estaban montando los chicos sus barcos cuando el último en llegar ya había terminado.

Santino no le quitaba ojo.

Era un muchacho delgadito. Estaba bronceado, tenía el rostro despierto, con el pelo cayéndole sobre la frente. Observador y paciente, esperaba a los demás. Un príncipe.

Santino comprendió que todos habían terminado cuando les vio ponerse los chalecos salvavidas encima de los trajes de neopreno, que se les pegaban a las piernas.

Mientras su padre iba a comprar algo de beber, un señor mayor vestido de blanco se acercó al pequeño, que estaba sentado en los escalones.

—Veo que te gustan los *Optimist*. Cuando tengas ocho años, que te regalen uno tus padres. Esa es la edad mínima, ocho años.

Optimist. Debía de ser la marca de los barcos.

El hombre se inclinó hacia él.

—Te aseguro que no existe barco mejor para un niño. Se manejan de maravilla y nunca vuelcan.

Alfonso volvió con dos latas de refresco en las manos.

–¿Se quedan ustedes a la regata? –preguntó el señor vestido de blanco–. Si se quedan, deberían ponerse al final del muelle. Desde allí se ve mejor –se alejó haciendo un gesto de despedida.

Fueron al muelle.

Muy pronto llegaron varios curiosos, salidos de no se sabe dónde.

Bajaron los *Optimist* del carro antes de meterlos en el mar. Los niños se sentaban en la borda inclinándose hasta casi rozar el agua con la espalda.

Santino no perdía de vista a su héroe.

Todos los barcos se detuvieron a unos metros de la orilla. Tres lanchas motoras –y tres entrenadores– se acercaron por turnos a los botes que esperaban.

Empezó la regata. Alfonso cogió a su hijo y lo sentó sobre sus hombros.

–¡Lo veo! ¡Es él! ¡Es el mejor! –gritó Santino.

El señor vestido de blanco apareció junto a ellos. Tenía un catalejo entre las manos.

–¿Queréis apostar? Aquel con el número 15 en la vela ganará la regata.

Santino se volvió hacia el anciano.

–¿Pero tú sabes leer los números, *picciriddu*¹?

–Qué números va a saber este ignorante.

Alfonso sujetó con fuerza las piernas de Santino para detener el pataleo de protesta sobre su pecho.

–¡Sí que sé! Es aquel de allí. El más rápido –señaló una manchita en el mar.

–¡Sí, señor! Ganará Lucio, estoy seguro. Al final del verano le haré participar en regatas nacionales. Suponiendo que esté todavía en Sicilia: solo viene en vacaciones.

Lucio. Su elegido tenía un nombre.

–¡Ya no lo veo! –gritó.

¹ Niño (siciliano).

–Prueba con esto –el anciano le colocó el catalejo junto al rostro–. Gira esta ruedecita hasta que enfoques. Así.

En cuanto miró dentro del círculo mágico del catalejo, Santino se transportó a la pequeña embarcación. Sintió el viento en la cara. Las salpicaduras. El sabor a sal en la boca. Estaba en medio de las olas, con Lucio. Era Lucio.

Sintió como si una tenaza le aprisionara los tobillos.

–Santino, estate quieto. ¡Que te vas a caer!

El anciano estaba de pie, junto a sus risas.

–Me alegra ver tanto entusiasmo en este picciriddu –dijo–. Inscríbalo en el club cuando tenga la edad apropiada. Será un placer entrenarlo.

Retiró suavemente el catalejo de las manos de Santino.

–Disculpen, me tengo que marchar. ¿Vendrán a la entrega de premios? ¡Están invitados!

–Pero ¿quién ha ganado? –gritó Santino mientras su padre lo bajaba al suelo.

–Lucio, como siempre –respondió el hombre vestido de blanco mientras se alejaba.

Capítulo 2

(LUCIO)

–Lucio, ¿dónde estás?

Abro de par en par la puerta del baño y me asomo.

–Aquí. Me estoy lavando los dientes, ¿no lo ves?

Siempre tengo que demostrar que estoy haciendo algo urgente. Pensar en las cosas de uno mismo no está bien visto.

–Date prisa, Iliuccia está lista.

Mi madre se agacha y estampa un sonoro beso en las amoratadas mejillas de mi hermana.

Me quedo mirando a Ilaria, atónito.

Dos desmesuradas orejas de peluche rosa emergen tiesas de su cabeza, entre mechones de pelo negro. Rosa la chaqueta de felpa, rosas los leotardos, rosas las zapatillas.

Doy una vuelta a su alrededor.

Ilaria está quieta, sacando pecho. Pegado a los leotardos, a la altura del trasero, asoma un rabo un poco grueso, de un rosa más claro.

–Yo no salgo con ella de paseo.

–¿Quieres que se quede encerrada en casa? Llévala al mirador Mascagni. Estará lleno de gente disfrazada.

–Yo allí no la llevo.

–¿Y quién la lleva si no, *mischina*¹?

–¡Pues tú!

Mi madre tiene las piernas tan hinchadas que parecen las de un elefante, por eso hace cinco meses que no sale de casa.

–¿Qué has dicho? –grita–. ¡Sinvergüenza!

¹ Pobrecita (siciliano).

Retrocedo dos pasos y empiezo a gritar también yo.

–Voy al mercado, te pago las facturas, llevo a Ilaria al colegio. ¡Soy el único de mi clase que no tiene ni un momento libre! ¡Solo tengo once años!

–Dime por qué antes eras un niño tan bueno, y ahora...

Noto la mirada de Ilaria sobre mí. Frunce los labios. No quiere darme un beso, sino más bien un mordisco.

–Y además, ¿de qué va disfrazada esta? –grito.

–De conejita, ¿no lo ves?

Lanzo un gemido. Mi hermana me da pena. Mi madre me da pena. Yo me doy pena. Todo el mundo me da pena.

Levanto una mano.

–Vale. Pero mañana saldré solo.

–¿Puedo llevar el monopatín? –chilla Ilaria.

–Pregúntaselo a tu hermano.

Pregúntaselo a tu hermano. El mensaje está claro: yo soy el cabeza de familia. Con tal de que saque a la calle a la conejita-tontita. Con tal de que vaya a hacerle la compra. Con tal de que esté cerca cuando llora.

–¿Puedo, Lucio? ¿Puedo?

Me encojo de hombros mirando fijamente al muñeco de Disney a quien tengo que llamar hermana.

–Solo lo puedes llevar por la plaza. ¿Entendido, *babba*¹? Por los coches, no. Tienes que hacerme siempre caso.

Mi madre sonrío. Odio esa sonrisa que esboza después de haber conseguido lo que quiere.

Mientras me pongo la cazadora, me llega hasta el cuello su aliento cálido y el chasquido de un beso.

–¡Mi hombrecito!

Me la quito de encima y abro la puerta de casa.

Fuera nos recibe un viento frío; el aire es azul de cielo y viento, las aceras son una colorida alfombra de confeti. Tomamos la calle Manzini en dirección al mar.

¹ Tonta (siciliano).

Llevo a mi hermana de la mano. Me doy la vuelta un momento para mirarla. Durante el invierno, sus mejillas se convierten en dos semáforos rojos. Ahora son como brasas.

Llegamos al gran mirador Mascagni. Siempre me ha gustado esa plaza, con sus bancos de mármol blanco como el azúcar que se asoman al mar.

Le entrego a Ilaria el monopatín.

—Yo me quedo allí. ¿Ves aquel banco vacío?

Voy a sentarme, resignado. Lo que daría por tener una bici. Mamá dice: «Ya tienes el *Optimist*. Vamos a esperar a que crezca tu hermana». No es que el barco sea mío, pero en el club náutico siempre uso el mismo.

Ilaria ya se ha ido pitando. Me pongo a observar el mirador atestado de gente.

Encaramada al pretil hay una niña disfrazada.

Tiene alas de gasa azul, dos en cada hombro. Cara de ángel. El vestido le cae suavemente sobre el delgado cuerpo. Se sujeta con la mano a una farola, desenvuelta.

Abajo, tres macarrillas le dicen cosas. Pero ella —con los ojos vueltos hacia el mar— no les hace ni caso.

De pronto, se suelta de la farola y pega un salto justo en el momento en que uno de los macarras se acerca a ella y se le echa encima. Caen el uno sobre el otro. El chico se pone de pie. El ángel, en cambio, se queda sentado en el suelo, doblado hacia delante, con un tobillo apretado entre las manos. Despotrica contra esos estúpidos machitos. Los estúpidos machitos se alejan rápidamente.

Ahora está buscando con los ojos un sitio donde sentarse.

«Aquí, aquí», suplico en silencio mirando al suelo.

Se levanta a duras penas y se acerca cojeando hacia mí.

Se tira encima de mi banco. Ni siquiera me mira antes de inclinarse para masajearse el tobillo.

La examino a escondidas. Pelo rubio, liso, largo. Pero lo que más me atrae de ella es el ojo. El único que veo en el perfecto perfil que me ofrece. De un azul immaculado.

–¡Qué imbécil el chico ese! –exclamo.

No reacciona.

–Ese que te ha tirado –le digo a su perfil.

–¿Lo conoces? –ningún movimiento.

–No, pero me ha parecido un gamberro.

Con lentitud intencionada, por fin vuelve su bonito rostro para observarme. El otro ojo es tan azul como el primero. Es hermoso verlos juntos.

Hace una mueca.

–¡Maldito sea! Tal vez me he dislocado el tobillo.

–Si quieres te acompaño a casa.

–No hace falta.

–¿Qué eres? ¿Un ángel? –señalo con la barbilla su espalda.

–Nooo... Una libélula.

–Una libélula –repito, y añado pensativo–: Es lógico.

–¿Qué es lógico? ¿Que vaya vestida de libélula? –me mira como se mira a un idiota.

Cambio de tema.

–¿Dónde vives?

–Al lado de la plaza de la República.

–Está lejos de aquí. Te acompaño en autobús.

La libélula lanza un silbido inspeccionando toda la plaza. Un cachorrito corre hacia ella.

–¡Ricky, ven! ¡Ven aquí!

El perro, un chucho blanco y marrón, se ha acercado a nuestro banco y ahora lame las manos de su dueña moviendo el rabo como loco. Ella lo sostiene por las patas delanteras y le habla.

Siento que estoy de más. De repente, me acuerdo de Ilaria. Me levanto del banco de golpe y estiro el cuello.

–¡Ilaria! –grito–. ¡Ilaria!

Acto seguido, la veo correr hacia nosotros, con los ojos clavados en Ricky.

Me vuelvo hacia la chiquilla que juega sentada con el perro.

–Si quieres, te acompaño a casa. Si no quieres, no. Nosotros ya nos vamos.

–¿Es esa tu hermana?

–Sí.

–¿De qué va disfrazada?

–De conejita rosa –mascullo.

Sus labios forman una sonrisa.

–Ni siquiera sé cómo te llamas.

–Lucio.

–Yo, Monica.

Ilaria se pone en cuclillas delante del cachorrito para acariciarlo.

–Vámonos –anuncio–. Acompañaremos a casa a Monica y a Ricky.

Monica se levanta.

–Dejo aquí la bici. De todas formas, está cerrada con candado.

Se apoya con una mano en el brazo que le he ofrecido.

El autobús nos lleva al centro. Desde allí, a paso lento, bajamos las escaleritas que conducen hasta el Foso Grande.

El agua del canal refleja las casas, el puentecito de piedra y las barcas. Todo es doble, tranquilo y mágico.

–He llegado.

Monica se para delante de una cancela. Ya me da la espalda, con el dedo apretando el timbre.

–Bueno, adiós –digo disimulando la desilusión.

Se da la vuelta otra vez.

–¿Me harías un favor?

–¿Cuál?

–¿Me traerías la bici a casa? ¿Mañana? –desliza una mano en el bolsillo y me tiende la llave de un candado mientras me explica dónde la ha dejado–. Os espero.